

CAPITULO V.

EL VENETO.

I.

Adios á la Lombardia.—El lago de Garda.—La frontera austriaca.—Italianos y Tudescos.
—La policía.—El cuadrilátero.—Verona.—Noche lúgubre.

Son las once de la mañana del día 2 de noviembre.

Las campanas tocan á muerto.

Vengo de recorrer algunas iglesias, y en todas ellas se alza un fúnebre catafalco.

La poblacion de Milan, sin distincion de clases, se halla al pié de los enlutados altares, rogando por los difuntos.

Nobles y elegantes damas, graves ancianos, bellisimas jóvenes, tiernos infantes, todos vestidos de negro, van de un templo á otro en sus lujosos carruajes á ofrecer todo género de sufragios por el reposo eterno de sus finados queridos.

Yo creo adivinar la razon por qué este año son tantos y tan ilustres los milaneses que están de duelo.

En la campaña del verano pasado, la flor de la juventud de Milan murió luchando contra el Austria.

Y es que aquí la revolucion no fue la obra de un partido, ni la tirania de la gente descontenta y revoltosa sobre la pacífica y acomodada. Fue un alzamiento general, capitaneado por la aristocracia, secundado por todas las clases; en que el príncipe y el obrero pelearon como simples soldados; en que los caballos habituados á lucir en el *Corso-Francesco* fueron á caer con sus donosos ginetes en los campos de batalla; en que los elegantes carruajes de las damas milanesas estuvieron siempre á disposicion de los pobres heridos.

Todo el mundo recuerda aquel regimiento de caballería, compuesto de vo-

luntarios pertenecientes á la primera nobleza lombarda, que fue abrasado por la metralla en la llanura de Palestro...

Las lágrimas que hoy vierten las primeras familias de Milan, responden á la sangre de aquel día...

¡Gloria y honor á tan insignes mártires!

Tales son mis últimas impresiones al penetrar en la estación del ferro-carril que ha de llevarme en cuatro horas á la frontera del Veneto, al terrible *Cuadrilátero*.—El drama de anoche y los enlutados de hoy han depositado en mi corazón no sé si miedo ó aborrecimiento al Austria... Ello es que no emprendo este viaje sin cierta emoción, sin cierto sobresalto. Páreceme que voy á entrar en país enemigo; que voy á tomar parte en una batalla; que voy á atravesar un país salvaje, contra cuyas hordas no son garantía las leyes de la sociedad.

H. de V.—calma mis poéticos temores, diciéndome que él habla alemán, conoce perfectamente el Austria y sabe que mi condición de español me evitará el espionaje y las molestias que encuentran otros viajeros al entrar en el Veneciado.

Estas seguridades me desesperan.—Yo quería drama.

—¡Partenza! grita al fin un empleado del camino de hierro. ¡Treviglio! ¡Bérgamo! ¡Brescia! ¡Peschiera! ¡Verona! ¡Vicenza! ¡Padua! ¡Venecia!

Y un aluvion de viajeros deja los salones de espera y toma por asalto el tren...

Estamos en marcha.

Hace un día magnífico...—Se diría que el buen tiempo está vinculado al cielo de Italia. Ha principiado noviembre, y ni la atmósfera pierde su sereno azul, ni los campos su verdura.

La comarca que recorremos es deliciosa. Innumerables palacios campestres (*villas*) se ven á la falda de suaves colinas pobladas de árboles y viñedos. La llanura empieza á rizarse y á ondular. Algunos riachuelos bajan del Norte, abriéndose camino hácia el lejano Po, al través de las fértiles campiñas.

Así pasamos por delante de *Linito*, *Melzi*, *Pecco* y *Cassano*, pequeños pueblos, y estaciones del ferro-carril.

Luego llegamos á las márgenes de un gran río, y lo atravesamos por un soberbio puente de seis arcos.

Es el *Adda*.

El *Adda* es la segunda de las ocho trincheras naturales que defendían al difunto reino Lombardo-Veneto; la segunda línea; la segunda paralela.

En este país tan llano, los ríos constituyen las posiciones militares. ¿Quién no se acuerda de haber leído el año pasado en los partes de la guerra: «Los aliados han vadeado el *Tessino*... Los austriacos se han visto obligados á pasar el *Adda*... Los franceses se hallan sobre el *Oglio*... Los austriacos han abandonado la línea del *Mincio*... Napoleon y Victor-Manuel están ya sobre el *Adige*...»

Pues esto consiste en que el *Tessino*, el *Adda*, el *Serio*, el *Oglio*, el *Mella*, el

Chiese, el *Mincio* y el *Adige* bajan casi paralelamente del Norte á buscar el Po, partiendo en zonas estratégicas la Lombardia y el Veneciado. (El *Adige* tuerce á Levante antes de llegar al Po y entra por sí mismo en el Adriático.)

A poco de pasar el *Adda*, que es la derivación del lago de Como, llegamos á *Treviglio*, graciosa ciudad de 10,000 habitantes, á cuyas puertas permanecemos tres minutos.

Desde *Treviglio* hasta *Bérgamo* el ferro-carril deja de dirigirse al Este y sube hácia el Norte hasta llegar al pie de los montes de la *Valtelina*, hijos de los Alpes tirolenses.

Pero hé aquí *Bérgamo*, patria del ilustre *Donizzetti*, y patria también de *Arlequin*, del bufon clásico de Italia.

Bérgamo es una capital muy importante y muy rica; pero nosotros nos habremos de contentar con verla por fuera, asentada en anfiteatro sobre verdes colinas y bañada por el *Serio* y por un confluente suyo.

En cambio podemos solazarnos en contemplar el frondosísimo territorio que se estiende á sus pies, y que es acaso el más feraz y pintoresco que hasta ahora he visto en Italia.

¡Qué inmensos bosques de árboles frutales! ¡Qué numerosos ejércitos de olivos! ¡Cuántas amarillentas viñas! ¡Qué graciosas aldeas! ¡Qué profusión de cristalinas aguas! ¡Qué perfumado ambiente! ¡Cuántos ganados en las laderas de los montes! ¡Qué poéticos trages los de la gente campesina! ¡Y qué zagalas, medio italianas, medio alpestres, con sus cabellos negros y su corpiño rojo, vienen á ofrecer á los viajeros *agua limone*, *arancia* e *cedrato*!...

Pocos minutos despues de abandonar á *Bérgamo*, cruzamos el *Oglio*, que baja del *Lago de Iseo*.

Luego pasamos por delante de los alegres pueblecillos de *Palazzuolo*, *Coc-caglio* y *Ospitaletto*, señores de algunos valles tapizados de vides, hasta que hacemos alto en frente de la antigua y heroica ciudad de *Brescia*.

A la vista de sus viejas murallas, recuerdo á *Carmagnola*, el ilustre enemigo de los *Visconti*, el osado general, el servidor de Venecia, víctima de la feroz ingratitud del *Consejo de los Diez*.

Y el nombre de *Carmagnola* me lleva naturalmente á pensar en la famosa tragedia de *Manzoni*, y pone en mis labios aquellos sublimes versos con que el gran *Condottier*, sentenciado á muerte, trata de consolar á su esposa y á su hija:

¡La morte!...

Il piu crudel nemico altro non puote
che accelerarla.—Oh! gli uomini non hanno
inventata la morte: ella saria
rabbiosa, insopportabile:—dal cielo
ella ne viene, e l'accompagna il cielo
con tal conforto, que ne dar ne torre
gli uomini ponno...

El nombre de *Brescia* me recuerda también á *Gaston de Fox* y al caballero

Bayardo, que tales proezas llevaron á cabo al pie de sus muros, y los tiempos de la *Liga Lombarda*, en que figuraba esta pequeña república como uno de sus elementos mas poderosos.

Los hijos de Brescia fueron siempre enérgicos y batalladores, y estas nobles cualidades les hicieron padecer horriblemente durante la dominacion austriaca.

Todo el mundo sabe la heroica resistencia que opusieron no hace muchos años al general Haynau.

Pero,—dicho sea francamente,—la gran celebridad de este pueblo proviene de haber dado cuna y nombre al audaz é infortunado reformador *Arnaldo de Brescia*, misero fraile, que hizo tanto ruido en el siglo XII como Napoleon el Grande en el siglo XIX (1).

Brescia es hoy una ciudad de 40,000 almas, no muy bella, dicen; pero rica de antigüedades y monumentos.

Yo no la veré...—Me llama Venecia...

¡Y bien sabe Dios que si pienso hacer alto en Verona, Shakspeare tiene la culpa!—¿Cómo no visitar el nido de los amores de Romeo y Julieta?

—¡Oh noche afortunada! ¡noche divina! decia Romeo al pie del balcon de su amada. Como es de noche, temo que todo esto no sea mas que un sueño.

Y decia Julieta:

—Solo tu nombre es mi enemigo.—Tú no eres un Montaigu: tú eres tú mismo. ¿Qué quiere decir un Montaigu?...—Lo que llamamos ROSA, no exhalaría, bajo otro nombre, un perfume menos suave...

¡Ah, Verona! ¡Verona!...

En Brescia se queda la mayor parte de los viajeros que venian en el tren.

Brescia es la última ciudad de la Lombardia.

¡Nos acercamos á la frontera austriaca!

Ahora solo vamos en el tren unas cincuenta personas.

Desde que abandonamos á Brescia, un silencio de muerte reina en los coches.

(1) Hé aqui sucintamente la historia de Arnaldo, tal como la trae un diccionario biográfico.

Arnaldo de Brescia, famoso hereje, nació en dicha ciudad el año de 1100. En su juventud pasó á Francia y fue discípulo de Abelardo, despues de lo cual volvió á su pais y tomó el hábito de religioso. Pretendió reformar el clero y restablecer la primitiva iglesia, sosteniendo que los eclesiásticos no podian poseer bienes temporales sino á trueque de condenarse. Hizo un gran número de partidarios y produjo turbulencias en muchas ciudades en que el pueblo empuñó las armas contra los sacerdotes. Condenado por el papa Inocente II y por el concilio de Letran en 1139, se retiró algun tiempo á Suiza; pero en 1144, viendo crecer su partido, fué á Roma y arrojó de ella sucesivamente á los papas Lucio II y Eugenio III. Enlazando la reforma política á la reforma religiosa, restableció la antigua república y creó un senado. Durante diez años fue dueño de Roma; pero al cabo de este tiempo, Adriano IV logró entrar en la capital, haciendo huir á Arnaldo, que se refugió en Toscana. El emperador Federico Barbaroja, á quien Adriano habia pedido auxilio, prendió al fin á Arnaldo y lo entregó al prefecto de la ciudad eterna, el cual le hizo cortar la cabeza en el castillo de *Sant' Angelo*, el año de 1155.

Casi todos los pasajeros son italianos, y parece como que sienten vergüenza ó remordimientos de ir á la tierra dominada por el comun enemigo.

—¡Ah, traidores!... se diria que esclama cada uno mirando á los demás. ¡Con que no veniais á Brescia! ¡Con que os dirigiais al Austria! ¿Qué vais á



Venecia.—Puente de Rialto.

hacer allí? ¿Vais á servir al tirano de Venecia? ¿Vais á vender la Italia? ¿Habeis sido espías en las ciudades libres y vais á ser sus delatores en la ciudad esclava? Yo hago este penoso viaje, compelido por sagrados intereses de familia... ¿Lo haceis vosotros para decir á los *tudescos* que yo soy ardiente italiano y que aborrezco de muerte á Francisco José?

Algo por este estilo irán pensando mis compañeros de viaje. El hecho es que

callan, ó se hablan secretamente; que se miran con recelo y desconfianza; que el fuego del odio reluce en sus pupilas, y que el respeto al gran infortunio que van á presenciar entristece sus semblantes.

Así cruzamos por *Lonato*; así atravesamos un largo túnel y un hermosísimo viaducto, y así llegamos á las tres y media de la tarde á *Peschiera*.

La frontera austriaca pasa por la estación que tiene el ferro-carril á las puertas de esta ciudad.

Aquí ha establecido la policía una especie de torno, como el de los conventos de monjas, en el cual entra el viajero para ser prolijamente examinado y requerido.

Una vez reconocidas la formalidad de su pasaporte, la legalidad de su equipaje, la inocencia de su historia y la honradez de su fisonomía, se le hace pasar al otro lado de una especie de mostrador, ó como si dijéramos, se le da media vuelta al torno, y nuestro hombre se halla en territorio austriaco.

Yo acabo de sufrir esta humillante inspección, este interrogatorio, esta pesquisa en mi pobre saco de noche, y hasta ciertas miradas á mis bolsillos, que creía iban á tornarse en un registro grosero, y me encuentro ya en el *cuadrilátero*, en la cárcel de un pueblo ilustre, en el fiero presidio que fue república de Venecia.

Mi pasaporte se halla aun en manos de la policía, acompañado de la declaración que acabo de prestar acerca del objeto que me trae á este país, del tiempo que pienso permanecer en él, de mi procedencia y de mis intenciones.

¡Milagro es que no me han preguntado por mis ideas y sentimientos!

¡Pero bien me miraban de pies á cabeza y estudiaban mi semblante mientras hablaba...!

¡Y esto se llama *reinar*!

Peschiera, plaza fuerte, situada sobre el *Mincio* á su salida del *Lago de Garda*, forma, con Legnano, Mántua y Verona, el famoso *Cuadrilátero* en que se apoya el Austria para dominar el Veneto.

La frontera pasa ahora por en medio del lago y del río, como antes pasaba por en medio del Tessino y del Lago Mayor.

Yo espero mi pasaporte y el permiso de continuar mi viaje, asomado á un balcón de la sala de espera, que da sobre el Lago de Garda, y desde el cual se descubre un panorama soberbio.

Son las cuatro de la tarde.

El sol empieza á declinar, recostándose en un pabellón de nubes de púrpura y enrojeciendo las sosegadas aguas...

El lago parece de sangre.

A las orillas del *Mincio* vagan algunos soldados con levita blanca y capote gris.

Yo he visto antes de ahora esos uniformes en litografías que representaban las batallas de Magenta y Solferino, y siempre los vestían los heridos y los muertos.

Son los austriacos.

Al otro lado del río, y al término de una dilatada llanura, distingo dos pueblecillos, cuyas torres parroquiales se miran á gran distancia.

El uno es *Villafranca*: el otro es *Solferino*.

Hacia el Norte se elevan unas corpulentas montañas de color de violeta, á cuyo pie se distinguen muchas villas y ciudades.

Las de esta orilla son libres: las de la otra son siervas.

El Veneciano y la Lombardía se miran aquí al través de las aguas con la misma angustia que antes se miraban, al través del Lago Mayor, la Lombardía y el Piamonte.

Algunos vapores cruzan las olas, paseando á la vista de los redimidos habitantes de *Desenzano*, *Salo* y *San Marcos* la aborrecida bandera austriaca.

Dentro y fuera de esta sala, en torno mio y á lo lejos, reina un silencio sepulcral.—Sin esto, me parecería que sobre ese lago se está dando en este instante una batalla.

La niebla, enrojecida por el sol poniente, semeja el humo de la inflamada pólvora... El relucir del agua trae á la imaginación el brillo de los aceros... El odio, que reina noche y día en esta comarca, aguarda solo una señal para trocarse en encarnizada lucha...

Esa batalla se dará, yo no lo dudo...

Todo lo que es violento, es transitorio.

Mientras escribía en mi cartera estas reflexiones, se ha acercado á mí un señor muy rubio, y se ha puesto á ver, por encima de mi hombro, lo que yo hacía con el lápiz sobre el papel.

¿Si creería que estaba ideando un plan de ataque contra *Peschiera*?

De cualquier modo, se habrá quedado en ayunas; pues mis abreviaturas españolas no son para leídas por cualquier alemán.

Al fin me dan el pasaporte.

Trae doblado un pico, y algunas señales misteriosas hechas con lápiz...

¿Qué significará esto?

¿Será una patente de mi inocencia, ó atraerá sobre mí la vigilancia de la policía?

Ello dirá.

A eso de las cinco salimos de *Peschiera*, pasando el *Mincio* sobre un magnífico puente.

Los coches del nuevo tren son hermosísimos. Los campos están perfectamente cultivados. Los caminos vecinales podrían servir de modelo.

En cuanto á *bienes materiales*, la administración austriaca no deja nada que desear.

Ya van en el tren tantos italianos como tudesco.—El silencio se hace mas terrible, mas amenazador que nunca!

En el coche en que yo voy se respira una atmósfera pesada, aflictiva, cargada de odio y de maldiciones.

Yo creo que si se cerrasen las ventanillas y se encendiese un fósforo, estallaría el carruaje, como una habitación llena de gas.

En las estaciones se ven escudos de armas del imperio con el águila de dos cabezas, y gruesos destacamentos de tropa, cuyas severas levitas blancas y hermosas y serias fisonomías me recuerdan siempre la campaña del año último.

Los vencidos están tristes; pero no domados.

Todo el mundo conviene en que desean volver á empezar.

Llegamos al fin delante de Verona.

Verona se aparece al caminante precedida de muchas líneas de fortificación, —fosos, parapetos y trincheras,—rodeada de sólidos muros, flanqueados de recias torres; protegida por un doble cinturón de fuertes aislados; dominada por grandes palacios y un castillo, y defendida además por el anchuroso y profundo *Adige*, que cerca casi completamente la antigua ciudad, separándola de una isla y de un barrio que llevan el nombre de *Veronetta*.

Yo soy el único viajero que se queda en Verona. Los demás siguen en el tren hácia Venecia, adonde llegarán á las once de la noche.

Despidome de H. de V.—y quédome solo y triste, entre unos esbirros que examinan de nuevo mi pasaporte y mi equipaje, y unos cocheros que me nombran todos los hoteles y *albergui* de Verona, brindándose á llevarme á ellos.

Empieza á oscurecer.—La atmósfera está húmeda.—Este país es mal sano.

Tengo frío... pero un frío que me anuncia la fiebre.

—¿A dónde va usted á parar? me pregunta la policía.

—Venga usted al *Hotel de las Dos-Torres*, me dice un cochero.

—No señor; al de la *Torre de Londres*, me aconseja otro.

—A la *Gran Czarma*, añade un tercero...

—Decídase usted, continúa el comisario.—Yo me quedo con el pasaporte. Mañana á las diez se presentará usted en la policía á recogerlo. Entre tanto, conserve usted este papel.

¡Qué nombres de hoteles! ¡*Las Dos-Torres!* ¡*La torre de Londres!*—Yo creo que la policía me dice que elija prisión.—¡Y se quedan con mi pasaporte! Esto es cortarme las alas. Ya no seré libre. Ya no podré marcharme en el momento que se me antoje.—¡Y tendré que decir el tiempo que voy á permanecer en Verona! ¡Y el lugar adonde me dirijo!...—¡Adios, pues, mi hermosa independencia, mi vida sin plan ni concierto! ¡En adelante seré esclavo de mi palabra y de las concesiones de un comisario!

—Vamos al hotel de *Las Dos-Torres*, esclamo por último.

El papel que me ha dado la policía dice así,—en inglés, francés, alemán é italiano:

Il viaggiatore si presenterá entro il termine de 24 ore all' I. R. Ufficio di Polizia per ottenere la vidimazione del suo passaporto, od il permesso di soggiornare in questa città.

¡El permiso de vivir en esta ciudad!...—¡Pobre Austria... y qué trabajo le cuesta tener un puerto de mar y algunos millones de esclavos!

Con estas y las otras, cuando subo á Verona ya es de noche.

Entro por la puerta del Obispo (*Porta-Vescovo*).

Las calles que recorro son anchas y solitarias.

Todavía no han encendido el alumbrado público, ni acaso lo enciendan; pues en el almanaque hace luna.

Una espesa niebla impide á sus plateados rayos llegar hasta las calles de Verona.

El coche que me lleva, pasa sobre el *Adige* por un largo puente. Luego recorreremos diez ó doce calles cortas y rectas, en que se ven pocas tiendas y muchos soldados, hasta que al fin llegamos á una plaza en que se levanta una gran iglesia.

A la derecha del templo hay un viejísimo y deforme palacio, coronado por dos torres.—Es el hotel.

Yo creo que me suben á una de ellas.

En toda la casa no he encontrado mas alma viviente que el camarero que me ha conducido á mi cuarto.

Este es muy grande, muy triste y muy frío.

Dichosamente, tiene chimenea...

Pero la chimenea le da humo.

—Todavía no hemos alfombrado, dice el servidor, reparando en la mirada de disgusto que dirijo á mi aposento.

Lo que yo creo es que el dueño del hotel no habia previsto que pudiese parar aquí este año viajero alguno.

Y á la verdad que el que acaba de penetrar por sus puertas no le sacará de pobre.—Una violenta calentura me hace temblar como un azogado...—Digo, pues, que ya he comido; pido agua de naranja, y me acuesto, despues de apagar la chimenea.

¡Qué noche! A las cuatro de la madrugada aun no he podido conciliar el sueño.

En cambio lucho desesperadamente con mil visiones y pesadillas, producidas por la fiebre que me devora.

¡Y cosa estraña! el sentimiento dominante en mis alucinaciones, es un miedo cerval á los austriacos; no sé qué terror pueril, parecido al que me inspiraba en mi niñez una habitación oscura.

Yo no he tenido el gusto de vivir bajo el antiguo régimen. Yo no conozco la tiranía sino de nombre. Cuando abrí los ojos al mundo, me encontré en una sociedad libre, digna, racional, que ofrecia á todos los individuos el sagrado amparo de las leyes.—Todo lo que despues ha querido pasar en España por despotismo, me ha hecho reir. La tiranía de nuestros ministros responsables me parecia cómica. Yo no he tenido nunca la fortuna de temer la ira de aquellos sultanes de sainete que arrancaban á los periódicos tantas lamentaciones. Yo no he conocido el drama político, sino la vulgar comedia. Yo he envidiado la suerte de nuestros padres, que tuvieron que luchar contra la arbitrariedad de los con-

quistadores, contra la Inquisición, contra Fernando VII... enemigos respetables si los hay. Yo he dicho en cierta ocasión:

¡Oh!... ¡quién me diera de la antigua fama
digno un lugar, en que la estéril vida
rendir en feudo á patria, Dios y dama!
¡Quién el desierto de la edad perdida
poblar pudiera de esforzados hechos,
dignos de un alma á batallar nacida!

Yo he suspirado, en fin, por trágicas situaciones, lamentando no haber nacido en Polonia, en Hungría ó en Venecia. ¡Ah! en estos pueblos es imposible el ocio del alma. El amor y el odio tienen grandes objetivos. El esfuerzo individual halla dispuesto un gran teatro y puede prometerse un noble premio. La vida y la muerte encuentran á cada instante un empleo digno, que á cualquiera le es dado alcanzar, con aplauso de Dios y de la patria.

Ahora bien: la esclavizada Verona reproduce en mi imaginación todos mis sueños de conspiraciones, luchas, cárceles, tormentos y patíbulos.

Aquí reina un despotismo serio, dramático, pavoroso.

Así eran la España de 1809, invadida por Napoleon, y la España de 1824, dominada por el absolutismo. Tal se encontraba la Francia en la época del Terror.

Estas ideas, confundiendo con otras, me han hecho pensar en el Santo-Oficio, en la Vendée, en las crueldades marroquíes, en Antonio Perez, en la Ley de sospechosos, en el 2 de diciembre, en el *orden* de Varsovia, en la Saint-Barthelemi, en Silvio Pellico, en Savoranola y en otros muchos horrores y heroicidades. Y uniéndose esto á cierto drama que yo ví cuando era niño, titulado *Jusepo el Veronés*, y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823, y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*, y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí, y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos días tienen lugar contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, me hace pasar una noche que no olvidaré jamás y que con sobrada razón he llamado *noche lúgubre*.

II.

Redeunt spectacula mane.—El palacio *Giusti*.—Un paseo por Verona.—Otro anfiteatro.—El sepulcro de Julieta.—Paso por Pádua.—Aire de mar.—Venecia á lo lejos.—Llego á Venecia.

Son las doce de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.

El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.

La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los jardines altos del soberbio palacio *Giusti*, que dominan á toda Verona.

El día está tan claro que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas.—El *Adige* reluce por todas partes, como una inmensa serpiente de plateadas escamas que se desliza ondulando por la amplísima llanura.—Allá, hácia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.—Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, adivinándose ya su muerte en el Adriático.

A mis pies se estiende la ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho río, cuyo magestuoso curso cortan cinco puentes. A mi alrededor se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardín á otro, y un palacio del siglo XIV que pudiera pasar por prisión y fortaleza.

Imposible parece que Shakspeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en Verona, sin haber visto este palacio.—En estos jardines, llenos de fúnebres cipreses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántica tristeza semejante á la que domina á todos los personajes de *Romeo y Julieta*.—El mismo alborozo con que cantan los pájaros, rien las aguas y abren sus cálices las flores, infunde un hondo terror, cual si se adivinase que los encantos del amor y de la belleza han de vivir cautivos y atormentados en este severo recinto.

Mas no creais por esto que el palacio *Giusti* tiene relación alguna con aque doloroso drama.—La casa de Julieta, al decir de los veroneses, se encontraba situada al otro lado del *Adige*, sin que se designe el sitio.—No sucede lo mismo con su sepulcro, al cual haremos luego una visita, siempre bajo la fe de la tradición.

También recuerda este palacio aquellos famosos tiempos de Verona en que reinaba en ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante.

Los *Scala* fueron en la historia de Verona lo que los *Visconti* en la historia de Milan: los verdugos de la ciudad y la gloria y la grandeza del Estado.

Para venir desde el hotel hasta aquí, he seguido el camino mas largo, deteniéndome en calles y plazas, penetrando en algunas iglesias y procurando sentir y comprender los principales caracteres de Verona.

Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte.

Verona, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y nobles recuerdos históricos, pasaria hoy á los ojos de un hombre práctico, por una capital pobre y fea.

Para mí, su pobreza y su fealdad constituyen todo su mérito. Verona es una ciudad de la edad media, alumbrada por el sol del siglo XIX.

Los tiempos modernos no han dejado en su fisonomía otra huella de su paso que la vejez y la tristeza.—Parece, pues, un ilustre señor arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente su miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.